

Ella

A Tristan



# Capítulo 1

## Ella

El enorme círculo flameante desaparecía tras la brillante margen del río, incluso podría jurar cómo las aguas hervían ante mis ojos. Bandadas de aves chillonas cruzaban la bóveda azulada y clara, iban en copiosos grupos siempre en cabeza de algún veterano que les dirigía formando lo que yo apreciaba como la punta de una flecha. Los aterciopelados chigüiros se zambullían apresurados al paso de mi cabalgadura, me lanzaban un último vistazo con sus pequeños ojos y me llegaba su expresión como una admonición por despabilarles el agradable letargo. Epona discurría por entre las altas yerbas con acentuada calma, bajo mis pies, sus flancos se movían lenta y acompasadamente; en ocasiones se tensaban sus músculos cuando hollaba alguna superficie cenagosa y entonces arrojaba un discreto bufido, sacudía las crines y enfilaba de nuevo sin perder la altivez de su cuello.

El calor me acogotaba por momentos, pese a que el sol rojizo se esfumaba, un vapor sofocante ascendía desde el centro de la tierra cocinando a fuego lento a todo ser viviente en la superficie. Me retiré el sombrero de amplias alas para usarlo a modo de abanico, lo sacudí cerca de mi cuello atezado y perlado que, a la sazón, se constituía en un registro elocuente de los pinchazos que las pequeñas alimañas voladoras me propinaban. Pensaba en el incordial sudor que rezumaba mi cuerpo y que volvía a absorber con impávido método, en el momento que Epona arrojó un fenomenal relincho. El corazón me dio un vuelco y no tuve tiempo en reparar en lo que acontecía porque mi yegua se fue de costado contra la alta hierba; y yo con ella. Su pesado cuerpo aprisionó el mío de suerte que partió mi fémur derecho sin sorpresa o sufrimiento. Un intenso sobresalto corrió raudo por mis venas tras ver esa figura brillante (gruesa y escamada) que pasaba por la hierba sin manifestar el más mínimo interés ante mi rostro horrorizado. Una anaconda de ciclópeas proporciones siseaba apagadamente en tanto se aferraba con sus fauces a una de las herraduras de Epona, esta relinchaba presa de una pavora mayor que la mía. Sabía qué podría ocurrir si permitía que la serpiente se enrollara sobre mi yegua, entonces no lo dudé un instante, el rifle de repetición estaba a mi alcance, lo tomé y apunté: el pulso me temblaba, la sola visión de herir en el intento a mi cabalgadura me helaba la sangre, pero debí desterrar mis temores en cuestión de instantes; accioné el gatillo en dos ocasiones. Los estallidos que salieron del cañón del wíchester retumbaron en la llanura, las criaturas vivientes bramaron espantadas. La formidable serpiente se retorció por un intervalo casi eterno, luego en sus ojos pude ver su último brillo de vida. Lo lamenté entonces..., pero se trataba de la vida de mi querida Epona.

Mi yegua se levantó de un brinco, estaba aterrada y sus grupas temblaban visiblemente; sus ojos aceitunados se posaron sobre mi semblante, luego arrojó un relincho quedo: me pareció que era su manera de darme las gracias. Hice cuanto pude por ponerme en pie y subirme boca abajo en la silla, atravesado como un sucio fardo. Epona, conocedora de las artimañas de la selva para devorar a sus víctimas, se deslizó sobre el terreno apaciguadamente en busca del lugar más seco y seguro. Así que cortamos entre las altas hierbas y los juncos, y confiando en su buen juicio natural me dejé llevar por ella. El que hace unos segundos era un dolor ausente, ora hacía presencia con estrepitosa dignidad; yo entonces me retorció incontrolable. Epona se internó en una pequeña enramada, allí las reverberaciones del día chocaban contra una fuente límpida estallando en mil resplandores, como si descubriéramos una cámara pletórica de pequeñas gemas, habitáculo de tal vez otros seres místicos que el ojo humano no tenía ocasión de percibir en su azarosa existencia. Mi fiel Epona se posó con gracia y delicadeza sobre el suelo, y yo pude entonces echarme a un costado de la tierra donde la hierba no lastimaba con sus afiladas agujas. Me arrastré un poco al estanque, alimentado por las precipitaciones del año, extrañamente cristalino, ausente de limo o de mefíticos vapores; por su parte, ella, sin vacilación o temor, asimismo se acercó al depósito y bebió con la misma vehemencia con la que yo lo hacía.

Pensé que encontrar ese lugar era una señal providencial de que todo saldría bien, ora sólo esperaba que mis fuerzas no flaquearan de nuevo y no caer preso de la inconciencia. El dolor de mi fémur roto no parecía medrar y me imposibilitaba cabalgar, pero ella, adonde quiera que yo fuera, pacientemente me seguía el paso con sus grandes ojos, observando cómo me arrastraba. Se había mantenido conmigo en todo momento, mientras que en la distancia crepitaba algún trueno y columnas grises y amenazantes se cernían sobre el firmamento: una tormenta desproporcionada se aproximaba, y ella bien podría abandonarme, agitar sus cascos contra las hierbas y reencontrarse con su estado primigenio en las inquietantes llanuras. Pero allí se mantenía, me arrojaba pequeños relinchos a guisa de reproche y estímulo para que continuara el camino de regreso a casa.

Cuando la fatiga me sometía, e inesperadamente terminaba en paisajes oníricos, ella se acercaba y me empujaba con suavidad, se recostaba con delicadeza a mi lado y me observaba con sus ojos quedos. Tales actitudes me hicieron sospechar en Epona unos rasgos de lealtad indescriptibles. Algún tiempo atrás había escuchado acerca de los profundos sentimientos de algunos animales hacia sus amos, pero nunca lo tuve en cuenta; ora ella me demostraba que me tenía, de algún modo, un cariño profundo y secreto.

Y mientras la tarde se decide a batirse con sus nubes y sus centellas sobre las llanuras, nos hemos movido hacia un follaje fresco, dominado de

árboles ancestrales y cortezas nudosas por entre las que se tornan cientos de brazos amarillentos y podridos que suben y bajan para hilvanar velos profusos y espantosos. La atmósfera es pesada y húmeda, la selva arroja sonidos inquietantes: unas veces, monos chillan con grandes alaridos como si cayeran en las fauces de las bestias de la Orinoquia; en otras ocasiones, los insectos mascullan fieros entre las hierbas secas. Puedo sentirlos moviéndose entre el abigarrado paisaje, son numerosos y posiblemente temibles. Les temo más que a las fauces de aristas marfiladas, porque son ubicuos y acechan pacientes a la espera de dar cuenta de mis despojos. Me pregunto entonces por la templanza de Epona, iacaso qué secreto atávico y místico resguarda su corazón para no temer a la Muerte! Está tan impávida, ni las moscas pertinaces parecen molestarla..., tal vez ella goce de una perspicacia más profunda que la mía, y se mantiene en absoluta quietud, respirando, absortos sus ojos en los míos, lánguidos y débiles, con la sapiencia de que el enemigo anda cerca, cuidando más de mí que de su propia integridad.

La tormenta arrecia, los ámbitos retumban, y las otras vidas arrojan estentóreos gritos, celebrando el maravilloso poder de la naturaleza o quizás arrojando un último gemido que busca materializarse y aferrarse de alguna liana o alguna superficie antes de que los torrentes desbordados se los lleve consigo. Las gotas apenas se escurren por entre el dosel del portentoso guardián. Pero es cierto, fuera el cielo se cae y el fragor es ensordecedor.

No sé si duermo o si fallezco. Ya no percibo el dolor de mi hueso roto, sólo la sangre húmeda se desliza por mi espalda. Apenas lo noto: la cruenta naturaleza despliega por completo su celada, se ideó la estocada artera transmutada en alguna punta de madera o la arista aguda de alguna roca que me recibió en la caída.

Mis ojos se cierran, mis sentidos palidecen..., como última imagen de este sueño temporal, o eterno, observo los ojos insondables y quietos de mi fiel Epona: están tan mansos y serenos que me invitan a descansar en lo desconocido.